



Segundo Encuentro Internacional de Investigación Educativa EL APORTE DE SIMÓN RODRÍGUEZ Y PAULO FREIRE

28-30 de octubre del 2009
Heredia, Costa Rica

Ponencia del Embajador de la República Bolivariana de Venezuela en
Costa Rica, Nelson Pineda Prada

Vigencia y Pertinencia del Pensamiento de Simón Rodríguez

I. Consideraciones generales.

Simón Narciso de Jesús Rodríguez nació en Caracas el 28 de octubre de 1769, hace exactamente 240 años. Criado en casa del sacerdote Alejandro Carreño toma de él su apellido y es conocido como Simón Carreño Rodríguez.

En el año 1953, Don Mariano Picón Salas, uno de los más excelsos pensadores venezolanos del Siglo XX, publicó un breve, pero profundo, ensayo sobre Don Simón Rodríguez. Texto a partir del cual quiero, en esta mañana, desarrollar las ideas que me he propuesto exponer ante ustedes, atendiendo la agradecida invitación que me hicieron los organizadores de este Seminario, sobre el siempre vigente y pertinente pensamiento educativo y social, de Paulo Freire y Simón Rodríguez.

Dice en su texto el Maestro Mariano Picón Salas, que dos obras habrán de marcar la impronta en el pensamiento y la vida del ilustre pensador sobre el cual hoy dejamos discurrir algunas opiniones. La primera de ellas se titulaba "Robinson Crusoe", del autor inglés Daniel Defoe, publicada en Londres en 1719; la otra, "Emilio o la educación", escrita por el autor francés Jean-Jacques Rousseau, publicada en París en 1762.

Obras, que al decir de Picón Salas, eran aparentemente tan distintas entre sí, sin embargo, "ambas coincidían en un problema general como el de mayor y más útil formación del hombre".

Ya que: "Aquellos escritores querían enseñar el difícil arte de ser hombres completos. Y se llama así no sólo el que sabe desempeñar bien un oficio, sino quien en todos los actos de su conducta responde con toda plenitud, coraje, honestidad e



inteligencia de que es capaz”.

Daniel Defoe nos narra en su novela la aventura de un joven inglés que se lanza al mar deseoso de conocer el mundo, por lo que “tiene que valerse de su imaginación e inteligencia y reinventar los útiles instrumentos que la civilización había logrado en proceso de muchos siglos, a fin de facilitar la vida”.

Acto creativo que “sólo por un esfuerzo y por que le anima la acérrima voluntad de no morir, creará por sí mismo todos aquellos utensilios con que ha de vencer y apaciguar la penuria y dureza del ambiente”.

Y es que, una de las mayores enseñanzas del “Robinson Crusoe”, de Daniel Defoe es –precisamente-, “no temerle a la adversidad cuando podemos oponerle el impulso de subsistir y vencer...”.

Del Emilio de Rousseau, Picón Salas destaca que “la enseñanza que más vale es la que el hombre logra en la detenida y emocionada observación de todo lo viviente; no sólo lo que leemos en los textos de estudio o nos transmiten los maestros, sino reflexionando sobre cuanto pasa por nuestra conciencia. La naturaleza es el primero y más fascinante libro que invita a nuestros ojos, y desarrollando la imaginación, la sensibilidad y hasta la fantasía poética, el hombre puede ser su propio maestro”

Está presente, en el ideario de Simón Rodríguez, el iluminismo liberal europeo y el socialismo utópico. Fundamentos teóricos que lo enfrentan al clero conservador y a una praxis del acto docente de carácter escolástico. El Maestro del Libertador Simón Bolívar, “Samuel Robinson” –como hubo de llamarse en su clandestinidad y exilio– fue, en el plano educativo, “partidario de combinar la enseñanza con el trabajo, promoviendo escuelas técnicas y agrícolas, que facilitasen el desarrollo de nuestros países”.

II. Inventamos o erramos: he allí el sortilegio de la vida.

Simón Rodríguez, a los 22 años edad, se inicia como docente, impartiendo clases en la “Escuela de Lectura y Escritura para niños”, centro educativo caraqueño en el cual sería tutor del Libertador Simón Bolívar. En 1794, presentó un escrito crítico titulado: “Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras en Caracas y medios de lograr su reforma por un nuevo establecimiento”. Se avizoraba ya como un docente visionario.

Conocidas son las influencias que recibió de El Emilio, de Jean-Jacques Rousseau. Obra que lo marcó en el desarrollo de su revolucionaria concepción de lo



que debía ser el modelo educativo de las nacientes naciones americanas. Dijo el Libertador que su maestro "enseñaba divirtiendo", método que rompía radicalmente con las rígidas costumbres educativas del colonialismo español.

Simón Rodríguez no fue sólo un maestro. Su impronta revolucionaria hubo de estar presente en las más diversas manifestaciones de la precursora lucha emancipadora de la Venezuela y la América Colonial.

En 1797, se adhiere a la conspiración de Gual y España, lo cual lo obliga a abandonar el territorio venezolano. "Samuel Robinson" habría de ser su nuevo nombre de identificación. A partir de 1804, se encuentra con Simón Bolívar. Juntos emprenden un largo viaje por gran parte de Europa. Viaje durante el cual, en la estadía en Roma, Italia, un 15 de agosto de 1805, el Libertador hará su famoso juramento en el Monte Sacro:

¡Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor, y juro por mi Patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español!

Su discípulo más universal, el Libertador Simón Bolívar, diría de él que es: "El hombre más extraordinario del mundo".

En una de sus obras fundamentales, titulada Sociedades Americanas, Don Simón Rodríguez plantea la necesidad de buscar soluciones propias para los problemas de Hispanoamérica, idea que puede sintetizarse en la siguiente afirmación:

"La América Española es Original; Originales han de ser sus instituciones y su gobierno: Y Originales sus medios de fundar uno y otro. O Inventamos o Erramos".

III. Su visión de la sociedad colonial americana.

Para Simón Rodríguez, la sociedad americana colonial estaba caracterizada por la existencia de enormes conflictos sociales, políticos, económicos y culturales, lo cual determinó que se estableciera una estructura social profundamente inequitativa, censataria y excluyente; con marcadas y profundas injusticias sociales, en donde los sectores dominantes del poder colonial establecieron relaciones y prácticas inhumanas para con los sectores dominados.

Pues bien, para Simón Rodríguez, el acto educativo, el acto docente, tenía que ser una verdadera *Paideia*. Para él, la educación era una actividad eminentemente



social. Concebía la educación como una educación pública, popular y republicana. Orientada a la formación de ciudadanos, de ciudadanía. Que no fuera excluyente, por lo que debería implementarse a través de una metodología de observación-reflexión-meditación, debería basarse en la experimentación, antes que en el sistema memorístico, el cual caracterizaba la educación venezolana, y americana, de entonces.

En razón de ello, Simón Rodríguez entendió que la crisis social de la América colonial no había sido superada con la emancipación sino que, por el contrario, ésta se haría mayor, ya que con el establecimiento de las nacientes repúblicas, los conflictos sociales habrían de profundizarse mucho más que los conflictos políticos.

Según su opinión:

"El estado de América, no es el de la Independencia sino un 'armisticio' en la Guerra que ha de decidirla. Por poco que se observe la dirección que van tomando los negocios públicos en América, se advertirán muchas impropiedades, que arguyen un principio de desorden".

De esta manera, Don Simón Rodríguez preveía el surgimiento de unas sociedades complejas, patriarcales, establecidas a partir de la hacienda de plantación, la cual daría lugar al surgimiento del caudillismo y, por ende, a las guerras civiles, que se suscitarían a lo largo del siglo XIX y buena parte del XX, en la sociedad venezolana, y en algunos países del hemisferio americano.

IV. La razón de ser de la sociedad.

Y es que, "Las sociedades, tienden a un modo de existir, muy diferente del que han tenido, y del que se pretende que tengan". Para Simón Rodríguez, estaba muy claro que el modelo de sociedad que las clases dominantes de Venezuela y América pretendían establecer, no lograría superar las injusticias sociales que existieron durante el orden colonial, de allí que, la insurrección popular que hubo de producirse en muchos de nuestros pueblos en los años siguientes a la emancipación sería el resultado de ese descontento, de esa insatisfacción. El ejemplo más evidente de lo afirmado, habría de ser la lucha por la manera como estaba estructurada la propiedad agraria, la tenencia de la tierra, en nuestros países.

Al respecto afirmó que, "Somos independientes, pero no libres; dueños del suelo, pero no de nosotros mismos. Las preocupaciones políticas que nos dominan, no caducarán, como muchos lo esperan; al contrario, persistentes al lado de las Ideas Liberales, las harán bastardear. Otras fuerzas que las que empleamos para 'emanciparnos', debemos emplear para 'libertarnos'... las de la Razón".



Entendí, que el proyecto de fraguado de una nueva sociedad es un proyecto colectivo, participativo. Al respecto, nos legó la siguiente afirmación: "Es un deber de todo ciudadano instruido el contribuir con sus luces a fundar el Estado, como con su persona y bienes a sostenerlo".

V. ¿Qué Significa Pensar desde América Latina?

Si alguna discusión tiene pertinencia y vigencia –en este tiempo– es la de pensar América Latina, desde y para América Latina. No han sido pocos los "cientistas sociales" quienes, desde una posición "euro-norteamericana", han descalificado el pensamiento social nuestro endilgándole los más soeces calificativos.

Que estas actitudes provengan de filósofos o pensadores de esas latitudes no sorprende. Pero, que algunos "pensadores latinoamericanos" se hagan eco de tales consideraciones, pone al desnudo su colonialismo mental. Para ellos, solamente occidente es capaz de "pensar".

Somos, dicen, un pueblo atrasado, inmaduro, incivilizado, desorganizado, derrochador, flojo, rumbero, y pare usted de contar las flagelaciones conceptuales con las cuales nos caracterizan.

En su léxico no existen palabras como dependiente y subdesarrollado, libre y soberano. No pueden existir. Porque cuando hacen ciencia social no tienen presente nuestra realidad. Intentan darle explicación a lo que somos con un espejo en la mano, donde sólo se refleja la realidad de esas latitudes. En la lectura que hacen de ella tienen presente únicamente a pensadores del –eufemísticamente– llamado "primer mundo". La problematización de Latinoamérica que hacen esta determinada por los problemas que identifican como universales y que, dada esa universalidad, los latinoamericanos tenemos que asumir como nuestros sus problemas; los cuales consideran, y han hecho creer, que son nuestros.

Nosotros, de manera radicalmente distinta, pensamos que en América Latina, a lo largo de su historia, siempre ha existido un pensamiento propio cuyo tema fundamental ha sido, precisamente, el pueblo latinoamericano. Y es que pensar al pueblo, es el problema mejor pensado. Pensarlo humanamente y no como simple objeto biológico, es el reto de este tiempo, es el problema principal que hoy tenemos.

Volviendo, entonces, a Don Simón Rodríguez, habremos de encontrarnos que, con su pensar visionario, estableció y resaltó la relación indisoluble que existe entre la educación y lo social. Entendido lo social de manera integral, holística, sistémica.

Por ello, pensar América significa imaginar una sociedad en donde impere la



justicia social. Esfuerzo intelectual que debe conducirnos a diseñar una nueva estrategia de desarrollo. Proceso en el cual debemos tener presente la capacidad de percibir nuestra heterogeneidad sociocultural. Heterogeneidad que no puede ser asimilada como dispersión, disgregación o atomización, sino más bien, como unidad en la diversidad.

José Manuel Briceño Guerrero, notable pensador venezolano, nos ha dicho que:

"... esa heterogeneidad donde más se hace evidente es en la sorda y velada actitud de rechazo y cuestionamiento a todo plan o proyecto que pretenda dar orden, coherencia, uniformidad y sistematicidad a la vida colectiva en cualquiera de las naciones latinoamericanas, donde tantos modelos políticos, educativos, económicos, culturales, religiosos e ideológicos se han ensayado para terminar fracasando u olvidándose".

Y es que, la construcción de una nueva visión de futuro demanda comprender que no es posible partir de verdades construidas con una ciencia omnipotente, inspirada en la decimonónica fe del progreso infinito. En tal sentido, la tarea planteada es de reflexión. De pensar el futuro, de entender que frente al estado de incertidumbre en que nos encontramos, nuestra imagen del futuro debe ser radicalmente distinta a los modelos que se han diseñado e instrumentado para la formación social Latinoamericana.

VI. El reto de pensar América desde y para otra América.

Pues bien, pensar América desde y para América no es una tarea fácil. Ello requiere –cuando menos– reflexionar de manera desprejuiciada sobre lo que ha sido nuestro proceso histórico. Significa avanzar en una reflexión profunda acerca de cómo se estructuraron nuestras sociedades, por qué ellas han funcionado de una determinada manera y no de otra.

Y ello, no es un ejercicio intelectual menor.

Se trata, por tanto, de desmontar toda una visión, toda una cultura, que se sustentó en la modernidad capitalista que encontró en la teoría ética de la "mano invisible" de Adam Smith, que colocó al mercado como el sujeto fundamental de dicha estructuración social, que colocó la ética del mercado como una ética absoluta.

El Presidente de Ecuador, Rafael Correa, ha dicho que vivimos un cambio de época. No hay duda que vivimos tiempos de cambio. Cambios que se expresan en la



insatisfacción de los pueblos por el modo de vida a que han sido sometidos, por el neoliberalismo.

Reconocido es que, "junto con el mercado global y los circuitos globales de producción surgió un nuevo orden global, una lógica y una estructura de dominio nuevas".

Que como resultado de esa globalización, al decir de Tony Negri, "ha surgido una nueva forma de soberanía". El imperio, es el sujeto político que regula el intercambio global, el imperio es el poder soberano que gobierna el mundo.

Por lo que el reto que hoy tenemos no es menor. Se trata de fraguar nuevos modelos de sociedades que se estructuren y funcionen a partir de una lógica opuesta a la establecida por la hegemonía del imperio.

Se trata, por tanto, de construir una nueva sociedad americana. Una nueva forma de vivir que sea pensada desde América y para otra América. Una nueva forma de sociedad que trascienda la modernidad occidental, que supere la modernidad capitalista.

De allí, la afirmación de que vivimos un cambio de época y una época de cambio. Y es que, en este cambio de época, lo político y lo existencial no son distintos. Entre ellos no existen –en esta época de cambio– fronteras que les separen.

Se requiere, de tal manera, recuperar la utopía concreta para superar las limitaciones existentes. Lo cual será posible si nos atrevemos a transformar las normas y valores impuestos. Esas "verdades" que a partir de un falso cientificismo fueron presentadas como "comprobadas", como verdaderas.

Se trata de someter a "nuestras verdades" no sólo a la prueba de la investigación, sino de incorporarles un enorme contenido imaginativo. Debemos darle la mayor prioridad al acto de pensar, éste es –ante todo– un acto de imaginación. Hablamos del pensar trascendente, de un pensar que va más allá de los pequeños detalles.

Como bien lo diría el extraordinario escritor venezolano Domingo Miliani, se trata de: "... mirar al futuro, no como adivinos, sino como científicos capaces de gerenciar la utopía, una gerencia del conocimiento superior para resolver nuestro drama social".

En tal sentido, el diseño de una propuesta transformadora debe tener como



objetivo central resolver los problemas de los sectores postergados, de los excluidos. De allí que la producción de bienes y servicios debe orientarse hacia la satisfacción de las necesidades de la mayoría.

Por ello, la formulación de un proyecto social para el presente sólo puede hacerse realidad si es adoptado por una nueva fuerza social. Posibilidad que dependerá del poder que esa nueva fuerza haya acumulado, es decir, de los apoyos y alianzas alcanzados en el proceso de inserción social.

Y es que la sociedad –para decirlo en términos de Durkheim– es un objeto autónomo y exterior a los hombres, es un mundo de representaciones en las cuales el individuo es capaz de socializarse, con lo cual supera la paradoja kantiana “sobre la insociable sociabilidad de los hombres más allá del marco superado del contractualismo liberal”.

Pues bien, se trata de construir sociedades nuevas que estén guiadas por el principio de la solidaridad humana, antes que por el lucro individualista. Sociedades en las cuales los grupos sociales, al unirse y funcionar como “pueblo”, puedan modificar la estructura política de la sociedad.

Por ello, imaginar un nuevo Socialismo, como un proceso de rupturas, no sólo con el sistema capitalista sino con quienes se han creído ser únicos dueños de ese pensamiento y de la posibilidad de construir ese modelo societal, constituye un reto inaplazable.

VII. Una nueva hegemonía.

De allí parte Gramsci en su reformulación del concepto de hegemonía. Para él, la hegemonía es una acción política a través de la cual se hace coincidir a la “sociedad civil” con la “sociedad política”, para la conformación de una nueva “alianza social” que se desplace al “terreno de lo ético y lo cultural”.

Ya que, en definitiva, lo que la hegemonía construye “es una verdadera comunidad de valores, una “voluntad colectiva”. Y es allí, precisamente, donde se construye el “bloque histórico” de una formación social determinada, en el marco de sus particulares relaciones sociales, económicas y políticas.

Conscientes estamos que el concepto de *sociedad civil* es una “construcción histórica de la modernidad”. Que ella fue concebida como ámbito de lo público, de la ciudadanía y de la cultura.

Concepción ésta que, intentado hacer una apretada periodización de su



evolución, nos llevaría a señalar, por ejemplo, que durante los siglos XVII y XVIII, Hobbes, Locke, Spinoza, Kant, entre otros, concibieron a la sociedad civil como la culminación de la "razón práctica", como superación del "estado de naturaleza". Hegel, en el siglo XIX, "consideró el Estado como la realización y superación de la sociedad civil"; en función de ello, el estado encarnó "el espíritu objetivo" del desenvolvimiento de la razón, la cual se objetivaría en el monarca.

Por su parte, Marx, a mediados del siglo XIX, conceptualizó a la sociedad civil, como "sociedad regulada", como "hogar de la historia". Punto de partida del marxismo crítico para analizar las relaciones entre "sociedad política" y "sociedad civil".

Uno de los mayores errores del "socialismo real" reside, precisamente, en que éste anuló la sociedad civil, ya que la "verdad del partido" y la omnipotencia y omnipresencia de burocracia estatal, en definitiva la *estadolatría*, impidió el establecimiento de un relacionamiento equilibrado entre la sociedad política y la sociedad civil.

En el análisis crítico de esta manera de concebir a la sociedad civil, es donde encontramos el gran aporte de Gramsci. Para él, "la sociedad civil corresponde a la función de hegemonía que los grupos sociales ejercen en toda la sociedad como dominio y dirección intelectual y moral".

Para Gramsci, el Estado y la sociedad civil conforman un bloque histórico. En el cual se "pueden fijar dos planos superestructurales: el que puede llamarse de la sociedad civil", es decir el conjunto de los organismos vulgarmente llamados privados, "y el de la sociedad política o Estado", que corresponde a la función de "hegemonía" ejercida por el grupo dominante en toda la sociedad y a la función de dominio directo o de mando que se expresa en el Estado y el gobierno "jurídico".

Necesario es reconocer que la *estadolatría* llegó a su fin. Que han surgido nuevas formas de concebir al Estado, a la política, al poder y a las sociedades humanas.

Debe tenerse presente que, los movimientos sociales no tradicionales en el hemisferio han surgido como resultado del fracaso de la democracia representativa. Sistema en el cual las carencias sociales, políticas y económicas se funden unas con otras.

En razón de ello, el fortalecimiento de dichos movimientos sociales permitirá darle una nueva fisonomía y una nueva dimensión a la Sociedad Civil, lo cual es bien importante ya que permitirá que se avance en la conformación de una acción política



más amplia, más abierta, en donde los intereses del colectivo social puedan ser canalizados socialmente. Lo cual, a su vez, permitirá alcanzar una mayor democratización de la cultura política.

Pues bien, la posibilidad de que un nuevo Socialismo, como proyecto social, se haga realidad habrá de estar determinado por el hecho de entender que los movimientos sociales emergentes, téngase como ejemplo los consejos comunales, son fundamentales en la construcción de la democracia participativa y protagónica.

VIII. A manera de conclusión.

Pues bien, mis estimados amigos.

El capitalismo ha entrado en su ocaso y un nuevo modelo emerge. Su rostro aún no está claro. Los primeros trazos que se plasman sobre su lienzo nos dicen que debe ser un modelo de sociedad en donde quepamos todos: "muchos mundos de diferentes culturas y tradiciones". Un mundo multiétnico y multipolar.

Si ello es así, estamos obligados a revisar el concepto de democracia que hemos adoptado como sistema político.

No debemos olvidar que dicho modelo se estructuró a partir de una racionalidad que concibe a la modernidad capitalista como un medio-fin. Por ello, la totalización del mercado fue colocada como el centro para su funcionamiento.

Totalización del mercado que se da a partir de la instrumentación del antiutopismo, negándose, de tal manera, toda posibilidad de imaginar la construcción de sociedades mejores. Totalitarismo a partir del cual se pregonó, con tanta fuerza, "el fin de las ideologías", y cuyo único objetivo no era otro que dar muerte a la esperanza. A la esperanza de vivir mejor, de tener y hacer realidad los sueños, las utopías.

Al hacer una revisión crítica de los postulados de la teoría moderna de la democracia, nos enfrentamos a la forma como ésta ha sido concebida como proyecto político y como ejercicio de gobierno.

La democracia liberal ha funcionado como un sistema instrumentalista y utilitario: "el pueblo cree en la democracia, confía en que ella le dará vivienda, empleo, educación, salud y que atenderá sus necesidades sociales".

Criterio éste que la reduce a una simple forma de gobierno, que la convierte en un sistema tecnocrático, el cual adquiere su mayor especificidad en la llamada



“governabilidad democrática”.

Por tanto, el reto que hoy tenemos planteado es pensar la democracia de manera diferente. Pensar la democracia como forma de vida, como cultura. En la cual se entienda que, si bien es cierto la “vida es la posibilidad de tener fines. Sin embargo no es un fin”.

La democracia no es sólo un sistema político. La democracia es una forma de vida, una formación cultural. Por tanto, siendo como es un proyecto social, su funcionamiento requiere ser conocido y revisado, para su redimensionamiento.

Desde esta perspectiva debemos tener presente, entonces, que la democracia entraña una enorme problematización. Lo cual nos obliga a descifrar, con absoluta claridad, los elementos constitutivos de ella que habrán de permitirnos alcanzar la satisfacción de las más ingentes necesidades del colectivo social.

Reflexionar críticamente en torno de la democracia liberal, habrá de permitirnos conocer los elementos constitutivos de la relación entre la ética y la política. Por ello, siguiendo a Habermas, podemos decir que la democracia puede (debe) ser un proyecto de identidad ética.

Vista la democracia desde esta perspectiva, como proyecto de identidad ética, nos permite entender que fue ese “malestar” con la democracia liberal, partidocrática y clientelar –expresado de distinta manera en las últimas décadas de la centuria pasada–, lo que generó el desencanto de nuestros pueblos con esa forma de democracia.

Construir una nueva democracia, que tenga como marco de referencia la relación entre la ética y la política, requiere conocer qué es lo que queremos hacer y cómo hacer para que la democracia sea un proyecto de vida para un colectivo social.

La ética trasciende el mores, la costumbre; a través de ella, nos es posible conocer el por qué y el para qué de las cosas, y de manera particular, los hechos sociales. Por esta razón, la ética y la política no pueden ser separadas cuando reflexionamos en torno de la construcción de la democracia.

En Venezuela estamos haciendo de la democracia un proyecto de “identidad ética”. Convencidos estamos de que la relación entre ética y política nos permitirá estudiar y conocer los demás problemas relacionados con la política. De manera particular, los referidos a “los ámbitos público y privado, las cuestiones de la justicia y de la vida buena, la autonomía y la solidaridad”.



Edificar, pues, sociedades en donde impere la justicia social, en donde se hagan realidad los derechos humanos, constituye el sueño, la utopía, de este tiempo. Derechos que son la razón humana del hecho de ser un ser humano.

Pues bien, mis estimados amigos, es hora de reflexiones profundas. De reflexionar sobre la necesidad de vivir libremente, sin represiones; de decidir sobre el modo de existencia de cada país, lo cual constituye "el hecho social y cultural más significativo de nuestro tiempo, la aspiración y el derecho más legítimos a los ojos de nuestros contemporáneos".

Debemos plantearnos, para nuestros pueblos, el tránsito del reino de la necesidad al reino de la felicidad. Por tanto, aquella famosa frase del Libertador Simón Bolívar, expresada en el año 1815 en la Carta de Jamaica, hoy tiene más vigencia que nunca: "no daremos descanso a nuestros brazos, ni reposo a nuestras almas", hasta no ver convertida a nuestra América en un continente en donde impere la justicia social.

Concluamos con Simón Rodríguez, porque premonitorios fueron sus planteamientos teóricos. Afirmar la necesidad de superar la enajenación mental heredada de la colonia, no era un asunto menor. Más de trescientos años de dominación política, económica, social, cultural y religiosa habían determinado la conformación de un ethos social latinoamericano cuyas principales aspiraciones, iniciativas y decisiones no tenían a la "comarca" o futura patria, como su mayor preocupación.

En tal sentido, dos conceptos serán la "piedra miliar" de su planteamiento: la paz y la razón. La paz, más no la "tranquilidad" que no es otra cosa que una "paz boba", ya que una buena convivencia activa permitiría que los ciudadanos de una nación pudieran avanzar en el alcance de los logros planteados.

A este respecto afirmó: "*El árbol de la libertad se ha de regar con sangre, es un concepto verdadero, si por Libertad se entiende la Independencia para obrar en favor propio, sin daño ajeno; pero será un falso concepto, si se cree, que para entenderse sobre el modo de obrar, y sentar un principio que regle este modo, sea menester reñir: el resultado sería entonces una guerra perpetua, por consiguiente, la aniquilación*".

La razón, pero no de la razón heredada de la ilustración, sino de aquella que "el romanticismo trataba de reformular, a partir de nuevos parámetros, por cuanto las luces de la Ilustración ya no eran suficientes para iluminar la flamante realidad".



Sobre este aspecto, su crítica fue muy contundente, señaló: “Hagan los Directores de las Repúblicas lo que quieran, mientras no emprendan la obra de la ‘educación social’, no verán los resultados que esperan. Nunca saldrán de la fastidiosa repetición de ‘principios generales’, ni de la interminable disputa sobre derechos y libertades que itanto perjudica al crédito de la causa y a la reputación de sus defensores!”.

Pues bien, para Simón Rodríguez, la necesidad de desmontar el andamiaje societal fraguado a partir de la ilustración, más que una necesidad era indispensable si de verdad se querían edificar nuevas sociedades, ya que el modelo de civilización occidental, (el capitalismo), heredado de la cultura ilustrada u occidental, conduciría a nuestros países al triste rol de imitadores y no de creadores.

O inventamos o erramos

Muchas gracias.